

DISCURSO A LOS HEROES

POR
JAVIER BARROS SIERRA

16 de septiembre de 1959
México, D. F.

Los héroes de la Independencia nos legaron el amor a la Patria; este sentimiento, unido a la reflexión que establece los postulados necesarios a la vida cívica, forma el auténtico patriotismo. Pudiera hablarse, sin embargo, de un patriotismo menor, de tipo friamente intelectual, recomendable a pesimistas y escépticos como asidero y punto de apoyo que les daría un sentido dentro de nuestra colectividad.

Debemos también a la intuición genial de nuestros próceres, traducida en ideas y en hazañas que alentaron sucesivamente la Reforma y la Revolución Mexicana, la toma de conciencia que nos permite ahora, programar nuestro destino como pueblo libre.

Mas no basta enorgullecerse de los héroes y agradecerles, como escueta práctica de una devoción, el haberlo dado todo sin pedir nada; debemos, aparte de esto, merecerlos, haciéndonos dignos de la independencia que crearon. Y no me refiero sólo a la Independencia Nacional, entendida en lo político y lo económico, sino también a la independencia individual que es como la otra, esencialmente dinámica, y que sólo poseeremos plenamente cuando a la libertad ciudadana se sume una justicia social que alcance a todos.

Para nosotros, servidores públicos, la tarea se vuelve clara si nos inspiramos en la obra de los grandes patriotas, y no podemos rendirles mejor homenaje que sentir y conducirnos como siervos de la Nación, que decía Morelos de sí mismo. Ello comporta, a mi juicio: prescindir de actitudes negativas —ser hombres de pro y no de contra—; abstenerse de las promesas sin base, cuyo incumplimiento genera la inercia y el escepticismo; preferir el relato fiel de lo que está logrado o en vías de consumarse a la pura declaración de buenas intenciones; no contemplar con desaliento el abismo entre lo necesario y lo posible, sino hacer cuanto esté en nuestras manos con honradez, con eficacia y ¿por qué no?, con alegría. "sin más límite que el de nuestras capacidades", como se nos indicara en fecha memorable. En suma, se nos impone sin excusa en esta hora crítica (porque en más de un sentido todas nuestras horas lo son), esforzarnos por estar a la altura del Presidente de la República, ambicionando que pueda decirse lo que, al finalizar célebre manifiesto, Juárez y sus ministros, en palabras de emocionante sencillez y hondura esperaron se dijera de ellos mismos: "Esos hombres deseaban el bien de su Patria y hacían cuanto les era posible para obtenerlo".

Mientras más lejana la fecha inolvidable para todos los mexicanos, mayor la cercanía espiritual con que sentimos a los próceres de nuestra Independencia, que se nos tornan más y más entrañables en tanto que se afirma en nosotros, día con día, la conciencia de la nacionalidad que ellos prefiguraron. Para llegar a tal afirmación, ha sido y es medular el culto a los héroes, el cual, arraigado definitivamente en el alma del pueblo, jamás podrá convertirse en rito meramente formal que, por repetido, perdiera su significación.

Bien haya que, en todo el ámbito patrio, este aniversario sea una fiesta y se dediquen a Hidalgo, a Morelos, a Allende, a Guerrero y a todos sus hermanos en la epopeya, las más líricas y escendidas loas; mejor, por supuesto, si el arte oratoria alcanza la ingente estatura de semejantes héroes, dicho sea invirtiendo la frase que el poeta dirigiera a Cuauhtémoc.

Pero también importa, y mucho, en este día en que debemos mirarnos hacia adentro para descubrir el reflejo de los héroes, examinar cómo y en qué medida siguen actuando aquellos grandes patriotas, con su ejemplo y estímulo, en la superación constante de México.

Muchas veces nos hemos preguntado por qué las figuras de los padres de la libertad quedan incólumes a pesar de las censuras de los malignos, de los cronistas de lo pequeño, de los que soberbiamente pero con manto de humildad, se sienten poseedores de todas las verdades y, en fin, de los filisteos de todas las especies. La explicación no es solamente la diferencia de talla entre unos y otros; es que cada héroe se desdobra en dos personalidades: por un lado, el héroe símbolo, quien con sus virtudes y hechos esenciales cristaliza una imagen vívida y no por cierto una abstracción, y que resulta intocable y no requiere defensa alguna; de otra parte, el héroe-hombre, que como ser anecdótico está sujeto, por sus debilidades reales y aún por las supuestas, a los embates de quienes inciden en el vicio de perspectiva histórica de juzgar el pasado, y justificarlo o condenarlo, usando el criterio, los modos y las experiencias de hoy. Para decirlo al pasar, y por simple asociación de pensamientos, no es admisible, por abusivo, que se achaquen a nuestros grandes movimientos sociales, engendrados en el seno mismo del pueblo, los errores, las traiciones y las deshonestidades de algunos de los hombres sin calidad heroica que en ellos participaron.

La edición consta de 25 ejemplares y estuvo al cuidado de Jesús Godoy, Antonio Bazzacout, Gabriel del Rio y Horacio Labastida. Se terminó de imprimir el 24 de diciembre de 1959.

DISCURSO A LOS HÉROES*

*C. Presidente de la República
C.C. Presidentes de las HH. Cámaras de Senadores y de Diputados
y de la II. Suprema Corte de Justicia,
Señores:*

Mientras más lejana la fecha inolvidable para todos los mexicanos, mayor la cercanía espiritual con que sentimos a los próceres de nuestra Independencia, que se nos tornan más y más entrañables en tanto que se afirma en nosotros, día con día, la conciencia de la nacionalidad que ellos prefiguraron. Para llegar a tal afirmación, ha sido y es medular el culto a los héroes, el cual, arraigado definitivamente en el alma del pueblo, jamás podrá convertirse en rito meramente formal que, por repetido, perdiera su significación.

Bien haya que, en todo el ámbito patrio este aniversario sea una fiesta y se dediquen a Hidalgo, a Morelos, a Allende, a Guerrero y a todos sus hermanos en la epopeya, las más líricas y encendidas loas; mejor, por supuesto, si el arte oratorio alcanza la ingente estatura de semejantes héroes, dicho sea invirtiendo la frase que el poeta dirigiera a Cuauhtémoc.

Pero también importa, y mucho, en este día en que debemos mirarnos hacia adentro para descubrir el reflejo de los héroes, examinar cómo y en qué medida siguen actuando aquellos grandes patricios, con su ejemplo y estímulo, en la superación constante de México.

Muchas veces nos hemos preguntado por qué las figuras de los padres de la libertad quedan incólumes a pesar de las censuras de los malignos, de los cronistas de lo pequeño, de los que soberbiamente pero con manto de humildad, se sienten poseedores de todas las verdades y, en fin, de los filisteos de todas las especies. La explicación no es solamente la diferencia de talla entre unos y otros; es que cada héroe se desdobra en dos personalidades: por un lado, el héroe símbolo, quien con sus virtudes y hechos esenciales cristaliza una imagen vívida y no por cierto una abstracción, y que resulta intocable y no requiere defensa alguna; de otra parte, el héroe-hombre, que como ser anecdótico está sujeto, por sus debilidades reales y aún por las supuestas, a los embates de quienes inciden en el vicio de perspectiva histórica de juzgar el pasado, y justificarlo o condenarlo, usando el criterio, los modos y las experiencias de hoy. Para decirlo al pasar, y por simple asociación de pensamientos, no es admisible, por abusivo, que se achaquen a nuestros grandes movimientos

sociales, engendrados en el seno mismo del pueblo, los errores, las traiciones y las deshonestidades de algunos de los hombres sin calidad heroica que en ellos participaron.

Los héroes de la Independencia nos legaron el amor a la Patria; este sentimiento, aunado a la reflexión que establece los postulados necesarios a la vida cívica, forma el auténtico patriotismo. Pudiera hablarse, sin embargo, de un patriotismo menor, de tipo fríamente intelectual, recomendable a pesimistas y escépticos como asidero y punto de apoyo que les daría un sentido dentro de nuestra colectividad.

Debemos también a la intuición genial de nuestros próceres, traducida en ideas y en hazañas que alentaron sucesivamente la Reforma y la Revolución Mexicana, la toma de conciencia que nos permite ahora, programar nuestro destino como pueblo libre.

Mas no basta enorgullecerse de los héroes y agradecerles, como escueta práctica de una devoción, el haberlo dado todo sin pedir nada; debemos, aparte de esto, merecerlos, haciéndonos dignos de la independencia que crearon. Y no me refiero sólo a la Independencia Nacional, entendida en lo político y lo económico, sino también a la independencia individual que es, como la otra, esencialmente dinámica, y que sólo poseeremos plenamente cuando a la libertad ciudadana se sume una justicia social que alcance a todos.

Para nosotros, servidores públicos, la tarea se vuelve clara si nos inspiramos en la obra de los grandes patriotas, y no podemos rendirles mejor homenaje que sentir y conducirnos como siervos de la Nación, que decía Morelos de sí mismo. Ello comporta, a mi juicio: prescindir de actitudes negativas —ser hombres de pro y no de contra—; abstenerse de las promesas sin base, cuyo incumplimiento genera la inercia y el escepticismo; preferir el relato fiel de lo que está logrado o en vías de consumarse a la pura declaración de buenas intenciones; no contemplar con desaliento el abismo entre lo necesario y lo posible, sino hacer cuanto esté en nuestras manos con honradez, con eficacia y ¿por que no?, con alegría, “sin más límite que el de nuestras capacidades”, como se nos indicara en fecha memorable. En suma, se nos impone sin excusa en esta hora crítica (porque en más de un sentido todas nuestras horas lo son) esforzarnos por estar a la altura del Presidente de la República, ambicionando que pueda decirse lo que, al finalizar célebre manifiesto, Juárez y sus ministros, en palabras de emocionante sencillez y hondura esperaron se dijera de ellos mismos: “Esos hombres deseaban el bien de su Patria y hacían cuanto les era posible para obtenerlo”. ♦

* Discurso pronunciado por el Ing. Javier Barros Sierra en la conmemoración del aniversario de la Independencia del 16 de Septiembre de 1959.